



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9931

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses, 11 1/2 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 7 DE DICIEMBRE DE 1894

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

AVISO AL COMERCIO

El único Representante de la LEGIA JABONOSA marca MIRA-BET, en las provincias de Murcia y Albacete es:

D. CLARO VILLAR POLO
ANGEL I. PRINCIPAL
CARTAGENA.

QUINTOS

La Sociedad Mompó Hermanos y Compañía, en pie con dinero, redimiendo a metálico, entregando mil quinientas pesetas.

Por PESETAS SETECIENTAS para la Península y ciento veinticinco para Ultramar, quedarán libres, certificando depósito en casa del representante Don Prudencio Soler Roby, Victorio, 20, Murcia.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramientas agrícolas. Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, lecheros, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, croquis, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de jardines, sillas, bancos, mesitas y macetoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.
PUERTA DE MURCIA, 33, 40 y 42

Una visita a «La Flora»

No todo ha de ser trabajo fatigoso, y justo es que de vez en cuando se le dé al ánimo la expansión ne-

cesaria para volver con nuevos bríos a la cotidiana lucha. Si esto es provechoso que lo hagamos con nosotros mismos, es sobre provechoso justo hacerlo con los huéspedes que nos honraron con su visita, para estudiar la crisis minera y reflexionar el remedio en las columnas de *El Liberal*.

Les llevamos a la sierra y les enseñamos las minas paradas y las fábricas inactivas; les acompañamos a los muelles y les mostramos el puerto desierto y silencioso; fuimos con ellos a los depósitos y les enseñamos montañas de hierro, hechas piedra a piedra, representando capitales enormes é inactivos; y allí, junto a aquellas minas paradas y a la vista de la desierta bahía, cuyas aguas ya no surcan las ventradas naves, porque hace ya mucho tiempo que dejaron de venir en busca de minerales, les hablamos del presente y del pasado de Cartagena, deduciendo consideraciones tristísimas, si no se pone pronto remedio a la crisis minera y no se concede la vía férrea directa a Lorca.

Después de solicitar la atención de los huéspedes, para hacerles oír necesidades y tristezas, era justo dedicarnos unas cuantas horas, y el jueves cumplimos nuestro deseo saliendo un grupo de amigos en varios carruajes con el decidido propósito de dar un asalto en «La Flora», la hermosa quinta de nuestro amigo D. Justo Aznar, digna de ser enseñada a cualquier periodista que, como el Sr. Vargas, haya vi-

sitado los cármenes granadinos, los jardines valencianos ó la vega murciana.

Alguien, haciéndonos traición, había avisado los bellicos propósitos de la partida al señor Aznar, y la sorpresa no pudo llevarse a cabo; pero el resultado fue el mismo, porque, sin resistencia de ningún género, puso aquel su magnífica posesión a disposición de los asaltantes.

El día no era el más apropiado para pasarlo en el campo; había llovido copiosamente y amenazaba llover de nuevo; las nubes se agrupaban amenazadoras en el zénit, mas á favor de unos alegres rayos de sol que se filtraron por un claro de aquellas, pudimos ver lo más notable de cuanto tras las tapias de «La Flora» hay. Y lo más notable es una casa de cañes, cuyo exterior no puede ser más rústico ni más fantástico el interior. Fuentes coronadas por caprichosos juegos de agua; jardinitos microscópicos en los que se ostentan plantas tan raras como valiosas; grutas en miniatura, y allá en el fondo, sin terminar aún, una gruta más grande, que parece por su aspecto una gran oquedad abierta en gigantesco montón de piedras sueltas.

Dada la galantería del Sr. Aznar tenía que sobrevenir lo que sobrevino: una gran catástrofe para nuestros estómagos, que tuvieron que resistir en pleno comedor y alrededor de bien adornada y mejor servida mesa, el siguiente

MENÚ:

Omelette Brouillé modèlo.

Gâteaux de foie-grass.

Poulets á la Godar.

Poisson denté á la Normande.

Salade Russe.

Beefsteak á la Periget.

Omelette Soufflé.

Macedoine de fruits.

VINS

Xerès, Bordeaux, Rhim, Champagne et liqueurs.—Café.

Los asaltantes éramos diez y

ceis, mas aunque nos encontráramos en mayoría para no dejarnos sorprender por el señor Aznar, hubimos de *devorar* la sorpresa y conformarnos con nuestra suerte.

¿Que el almuerzo fue alegre? ¿Qué du la cabe?

No hubo brindis, pero si manifestaciones de agradecimiento mutuo por parte de todos. El señor Vargas dijo que estaba abrumado con las pruebas de deferencia que había recibido desde que pisó Cartagena. Los señores Pelegrin, Laymón y nuestro director señor Moncada, manifestaron cuánto agradecían la noble campaña de *El Liberal*, y tuvieron frases de elogio para los redactores de dicho periódico que nos acompañaban a la mesa. El Sr. Aznar expresó cuánto le había complacido la visita, y se felicitó al ver cómo se aproximan los cartageneros, no obstante sus diferencias políticas, cuando del bien de Cartagena se trata.

Cuatro horas después de la de nuestra entrada en «La Flora», volvíamos a la prosa de la vida; es decir, corríamos, dentro los carruajes, por la carretera de La Palma, pensando tristemente en lo breves que pasan las horas felices.

He aquí ahora los nombres de los comensales:

Don Julio Vargas y Don Manuel Rodríguez Lázaro, redactores de *El Liberal*; Don Juan Jorquera, cencejal del Ayuntamiento y corresponsal de aquel periódico; Don Ramón Laymón, vicepresidente de la Diputación provincial; D. José María Pelegrin, presidente del Sindicato Minero; Don Diego Alessón, concejal del Ayuntamiento; D. José María Fuertes, apoderado y gerente del Sr. Aznar; Don Manuel Antón, secretario de las Obras del Puerto; Don Francisco Conesa Balanza, Don Luis Soler, D. Antonio Bans, Don Miguel Cabanellas, Don Rafael Cafete, en representación de *El Mediterráneo*; Don Angel Barba, Director del *Diario de Cartagena* y de la *Revista Comercial*, y

Don Obdulio Moncada y Don Justo Hernandez, director y redactor respectivamente, de *EL ECO DE CARTAGENA*.

Al Señor Aznar no lo hemos nombrado; lo hemos dejado de intento para el último, á fin de reiterarle nuevamente nuestro agradecimiento por las deferencias de que nos hizo objeto durante el día de ayer.

TIJERETAZOS

El colmo de la provisión es el que manifiestan varios fabricantes de Barcelona, que han puesto un telegrama al diputado señor Ruizsenol, en el que le dicen que si el gobierno hace revisión en sentido libre cambiista, se verán en la precisión de parar las fábricas, pues aunque á ellos no se les perjudica directamente, siendo el país pobre no tendrán á quien vender.

En resumidas cuentas los perjudicados ó no á esos fabricantes la revisión en sentido libre cambiista?

Y pensar que esos fabricantes que no sufren lesión ninguna, son los que forman las manifestaciones proteccionistas y los «meetings» del mismo color.

En una tienda de Barcelona se han presentado estos días dos señoras y han comprado unos géneros.

Pero siendo el paquete voluminoso, un dependiente de la casa lo llevó á la de las compradoras donde había de cobrar el importe.

¿Había, eh?

Porque en vez de cobrar, lo pagaron por su cuenta cuatro sugetos, y dándole una paliza y amenazándole con otra para plazo corto, le quitaron el paquete. Fíjense ustedes de los sombreros adornados y de los abrigos de terciopelo.

Si hay por ahí cada señora tomadora capaz de darle ventaja al mismo Luis Candela.

El dependiente ha dado parte al jefe.

De los palos no ha dicho nada. Se los ha quedado todos.

¿Lecturas?

Una señora ha denunciado á otra.

110 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

EL HILO DEL DESTINO.

111

Maquinalmente se despojó de sus adornos, y los dejó caídos en el suelo. Se quitó el esbello, y lo dejó suelto, cayendo sobre sus hombros y espalda; y sentada en el suelo, miró hacia el cielo, de donde venía la luz, y se preguntó: ¿qué es la vida?

Apoyó un brazo en la mesa, y la mano le movió, medio cubierto con su flotante cabello el blanco pañador que ondeaba sobre sus hechiceras formas, haciendo resaltar más la negrura de su cabellera, y el brillo de sus hermosos ojos, hermosos en su mismo abandono, estaba así, Laura Moncada.

Ella tan risueña y alegre! Tan viva y atolondrada! ¿Ahora grave, contristada, reflexiva y meditabunda?

¿Quién se lo hubiera dicho veintiocho horas hacía?

¡Ser, sin embargo, profundamente, haber recibido tan innegables pruebas de la más verdadera, excelsa, delicada pasión, que jamás inspiró mujer, y que era el resultado de lo que hubiera producido en cualquier otra el más completo contentamiento!

Un castigo merecía Laura por su indiscreción.

Pero ¿qué culpa había por él, y podrá ser que hallamos motivo para disculparla en las mismas reflexiones que se estaba ella haciendo: reflexiones que

giraban principalmente sobre las últimas palabras dirigidas á Carvajal, y el permitido ósculo de paz.

Tal vez podríamos no conseguir el objeto, puesto que nada coordinadas sus ideas, nada coordinado podría deducirse de su examen, pero en embargo, reflexionemos, y juzgue cada cual como mejor le parezca.

—Esas seguras esperanzas que le he dado—dijo para sí, aludiendo en su mente á las palabras y al beso—¿cómo destruírlas ya? ¿Cómo decirle, la esperanza, el cariño, el interés que te manifesté, fue arrancado solo por un impulso de pasión?... El... los hombres todos ignoran la fuerza de esta compasión en el corazón de la mujer, desconocen su influjo sobre ella, no saben la distinción que deben hacer, entre las señales, aunque entusiastas, fugitivas, cual un fuego fatuo, de este sentimiento, cuando excesivo en un momento, presenta todas las apariencias del amor; y este mismo amor tan... ¿qué?...

É interrumpió ella misma el curso de sus reflexiones con esta sencilla pregunta.

—¿Qué puedo yo decir del amor, tan ajeno á este sentimiento? ¿Ha amado alguna vez? No. Nunca. Pero, soy mujer. Lo conozco, lo comprendo por tradición, y por instinto; y lo comprendo bastante para saber que no es lo que siento por ti, Ferrandito mío. Pero eso que la compasión me arrancó, aquel

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA. 114

tado de exaltación casi tan grande, como el estado agitado, de que ayudada por sus reflexiones acababa de librarse.

—¿Quizás veas allí también? Mi pobre madre que tan poco duerme—dijo Laura—pero... y si encuentras alguien en el corredor? ¿Y si el encuentro á Fernando?... ¡Qué ideal!... ¡Basta ya en siete sueños. Hagamos la prueba, por qué sin comunicarlo á mi madre lo que por mi parte no puedo estar ya más tiempo, y sea lo que Dios quisiere. Llamaré suavemente á su puerta para no estorbarla y verémos lo que su discreción me aconseja.

Dejó Laura su luz encendida sobre la mesa, y salió del cuarto sin hacer ruido hasta llegar al corredor.

Allí se detuvo un momento, y casi la aterró el silencio que reinaba en aquella espumosa mansión.

Agitada con el temor del efecto que en la conciencia haría su visita tan á deshora; y la confesión que iba á hacerle, latía su pobre corazón.

A no haberse detenido aquel momento en el corredor, hubiera ido todo bien, porque nada hubiera estorbado su paso y hubiera hallado á Margarita aun leyendo, pero durante aquella parada vió el reflejo de una luz y la sombra de una persona, y temió que fuera Fernando.